

**A Merced del Destino**



# A Merced del Destino

Nuria Blanes Serrano

Author: Nuria Blanes Serrano  
Coverdesign: Nuria Blanes Serrano  
ISBN: 9789463868594  
© <Nuria Blanes Serrano>

# 1

## EL COMIENZO

Todas las cosas que suceden en este mundo, aparentemente, suceden por alguna razón, si son cosa del azar o del destino ya es otra historia. Por lo general, a uno le resulta mucho más fácil creer que sus actos y las consecuencias de estos son cosa del destino, así no hay que hacerse responsable de lo que mayormente es solo cosa de uno mismo. Lo que decidimos hacer y decir es nuestra responsabilidad, aunque en ocasiones es posible que fuerzas más grandes intervengan en el futuro desenlace de nuestras acciones, poniendo con el tiempo todo en su lugar. Esto es algo en lo que Laura creía y que quizás tuvo algo que ver con que persiguiera sus sueños.

Aquella mañana de camino al centro de menores Peinbourg (que adquiriría el mismo nombre que la ciudad), donde Laura llevaba casi un año haciendo de voluntaria, el cielo, totalmente nublado, daba la sensación de que en cualquier momento iba a descargar toda su furia sobre la ciudad como tantas otras veces había hecho en aquel febrero. Por suerte, ella estaba a salvo dentro de su Ford KA granate que le regalaron al cumplir los dieciocho, al cual ya le iba haciendo falta una buena mano de pintura.

Mientras conducía rumbo a su destino Laura se encontró con toda clase de obstáculos, las calles abarrotadas no la dejaban estar más de cuatro minutos sin tener que pararse... Básicamente, todo lo que se podía encontrar para llegar aún más tarde de lo que ya llegaba se lo encontraba. ¿A caso no se iba a dar cuenta nunca de que tenía que despertarse más pronto para poder llegar a tiempo? Por suerte, María, la chica con la que se citaba todos los sábados, ya estaba acostumbrada.

Al fin llegó a su destino y aparcó de aquella manera frente a una gran casa de ladrillo rojo, con dos pisos de altura y bastante bonita; pero por desgracia demasiado pequeña para todos los niños a los que acogía entre sus muros. Allí, en las escaleras del pequeño porche destartalado, que presidía la entrada de la casa, estaba María esperando con paciencia su llegada. Era una chica menuda, una

preciosa latina de dieciséis años con un pelo y unos ojos tan oscuros que uno podía llegar a pensar que eran negros, y que por desgracia había caído en el sistema de acogida con solo trece años. Su madre falleció cuando ella era una niña, del padre jamás se supo nada y su abuela se hizo cargo de ella los años que le quedaron por vivir; hasta que un día la trabajadora social del centro la encontró escapando de un proxeneta que intentaba prostituirla y que acabó con una condena de seis años de prisión.

Ahora, tres años después y con la inocencia intacta, Laura le daba clases particulares cada sábado para que consiguiera sacarse el graduado; aunque eso no le impedía llegar tarde dos de cada tres días.

—¿Sabes que existen los despertadores verdad? —preguntó María con tono paciente cuando Laura hubo bajado del coche.

—Lo sé, lo siento —respondió Laura un poco avergonzada—. Pero ahora mismo te voy a compensar con una de mis fantásticas clases y si acabamos pronto te llevo a tomar algo —añadió con intención de motivarla un poco.

—Me parece bien.

Y dicho esto se cogió del brazo de Laura y entraron juntas en la casa.

Aquel día el lugar estaba bastante silencioso, al ser fin de semana muchos de los niños estaban o durmiendo o con sus amigos, lo que significaba que era la mejor oportunidad para poder ayudar a María. Es cierto que le daba clases particulares a muchos otros niños del Peinbourg, sin embargo, ella era la más mayor del centro y necesitaba más tiempo de estudio. Además, para qué vamos a mentir, era una de sus favoritas y a pesar de pasarse todas las tardes de la semana allí, le gustaba dedicarle las mañanas de los sábados exclusivamente a ella.

Ya llevaban una hora y media trabajando sin parar, y las ecuaciones matemáticas y las fechas de los libros de historia empezaban a mezclarse como si estuvieran dentro de una coctelera.

—No puedo más —dijo María arrellanándose en la silla.

—Venga va, repasemos lo último que te he explicado y podremos descansar.

—Pero si no me acuerdo de nada de lo que me has dicho —contestó ella abatida.

—Eso no es verdad —insistió Laura—. Vamos, continuemos. En 1914... —empezó a decir antes de que el móvil de María, situado encima de la mesa, empezara a vibrar con la entrada de una llamada. Rápidamente, la chica cogió el teléfono, colgó sin perder ni un segundo y se metió el pequeño aparato en el bolsillo del pantalón; quizás con demasiado nerviosismo como para tratarse de una llamada normal.

—¿Quién era? —preguntó Laura curiosa.

—Nadie.

—¿Y nadie suele llamarte mucho por teléfono? —inquirió con tono divertido pensándose que se trataba de algún chico.

—Seguro que se habrán equivocado. Mejor continuemos, en 1914...

—No —la interrumpió Laura cansada también de estar allí sentada—, mejor vayámonos a hacer un descanso.

—Por mi perfecto —accedió sin pensárselo dos veces.

Recogieron las cosas y ambas se metieron en el coche en busca de un buen sitio donde poder pasar un rato agradable.

Finalmente se decidieron por una pequeña cantina de estilo muy moderno y con colores llamativos, donde vendían batidos naturales de toda clase, con un millar de combinaciones posibles y bollería casera para acompañarlos. Entraron y cada una pidió algo totalmente distinto para así poder probar lo de la otra. A Laura le encantaban esos ratos que pasaban juntas, le hacían sentirse como la hermana mayor y veía en María la oportunidad de poder hacer, al mismo tiempo, de consejera y amiga.

Rondando las doce de la mañana decidieron que ya era hora de volver al centro de acogida, Laura necesitaba volver a casa para realizar otras tareas y ella necesitaba volver para seguir estudiando. Un poco más desanimadas que al principio salieron de la cantina y en ese momento notó como María se estremecía.

—¿Qué pasa? —dijo Laura extrañada.

—No... es nada... —respondió mirando a todos lados.

—Pues estás temblando como una hoja, ¿seguro que estás bien?

—De verdad que sí, solo pensaba que había visto a alguien, pero es imposible.

—Hoy estás muy rara —afirmó Laura mientras la miraba con recelo.

—Seguro que es el estrés, no me hagas caso. Llévame a casa por favor.

Después de aquel extraño suceso el buen humor de las chicas se había disipado y el silencio que había en el coche creaba un ambiente incómodo que estaba a punto de desquiciarse a Laura por completo.

—¿Si tuvieras algún problema me lo contarías verdad? —soltó de sopetón, rompiendo así el silencio de golpe.

—Por supuesto —contestó María sin dejar de prestar atención a lo que fuera que estuviera viendo por la ventana del copiloto.

—Bueno, está bien —se resignó Laura—. Pero si necesitas cualquier cosa sabes que puedes llamarme.

Aún sin estar muy convencida con la respuesta que le había dado y, sin ninguna duda, preocupada por la extraña manera en la que se estaba comportando, decidió dejar correr el tema y la dejó en casa con la promesa de que al sábado siguiente llegaría a la hora; pero realmente ninguna de las dos se lo creyó del todo.

En el camino de vuelta a casa, las nubes que en un principio parecía que iban a inundarlo todo con lluvia se habían esfumado, y a pesar de que hacía buen tiempo para ser febrero Laura sentía un malestar interno que no le gustaba nada. Llegó a casa a eso de la una del mediodía, sus padres no estaban allí y lo más probable es que estuvieran fuera durante el resto del sábado. No le apetecía estar sola, ¿por qué razón? Nadie lo sabe, así que cogió el teléfono y le dejó un mensaje a Sean, su mejor amigo de toda la vida desde que tenía uso de razón. Sin embargo, sabía que no aparecería al menos hasta las cinco de la tarde y eso le daba tiempo a hacer casi que de todo.

Decidió comer algo y al abrir el frigorífico blanco de la cocina se dio cuenta de que cada cosa que pensaba en comer le quitaba más el hambre que la anterior. De modo que prefirió que el agua, tan caliente que en cualquier momento podría entrar en ebullición, le

recorriera cada centímetro de su cuerpo arrastrando con ella cualquier sensación de malestar que hubiera tenido antes de entrar en la ducha. Ya fuera de ésta y con la sensación de haber rejuvenecido como mínimo un par de años su reflejo en el espejo la pilló con la guardia baja. Era una chica de estatura media y el cuerpo con forma de guitarra; su cara ligeramente redonda estaba compuesta por unos ojos marrones coronados con unas largas pestañas; una nariz recta además de pequeña al igual que la boca, pero con los labios gruesos; su pelo castaño le llegaba a la mitad del torso y pensó que quizás le vendría bien un ligero corte de pelo. Una vez vestida con su top y su pantalón de chándal negros, los cuales resaltaba su figura, pensó que no estaba de humor para hacer nada y se fue a la cama para intentar no pensar. Con la casa en silencio y el cansancio invadiendo su cuerpo fue quedándose dormida. El tiempo transcurrió sin ninguna dificultad mientras Laura se encontraba sumergida en sus sueños, hasta que un fuerte ruido la sobresaltó haciendo que se incorporara de la cama como un resorte.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó nerviosa—. Mamá, papá, ¿sois vosotros? —insistió levantándose de la cama, en alerta, al no recibir respuesta alguna.

Caminó sigilosamente hacia la puerta de su habitación y se asomó lentamente, pero no vio a nadie. «Seré idiota» pensó mientras volvía a la cama y se tumbaba sobre ella aún medio zombi. El silencio volvía a inundar la habitación cuando otro ruido, esta vez, proveniente de la cocina, consiguió sobresaltarla de nuevo. Cabreada y ahora sí, quizás un poco asustada, abrió el armario, cogió su raqueta de bádmiton azul y salió de la habitación con la intención de defenderse.

Al salir, divisó una sombra que se dirigía a su habitación. Laura se apoyó contra la pared y levantó la raqueta para poder asestarle un golpe con ella a aquel que hubiera entrado en su casa. El individuo recorrió el pasillo en menos de tres segundos y antes de que éste pudiera girar y recorrer el último trozo que quedaba para llegar a su habitación Laura se puso de un salto en frente del intruso,

sobresaltándolo, a lo que éste respondió con un grito, lo cual provocó que ella también gritara.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! —exclamó él intruso mientras se cubría el rostro con los brazos.

—¿Sean? ¡Dios mío, qué susto me has dado! —exclamó Laura volviendo en sí, y acto seguido bajó la raqueta que hasta hacía un instante estaba empuñando como si fuera un arma mortal.

Ambos se quedaron en silencio durante unos segundos, mirándose y respirando con dificultad, intentando tranquilizarse y analizar lo que acababa de pasar.

—¿Estás loca? —dijo Sean todavía un poco exaltado, mientras le arrebatava la raqueta de las manos a su amiga.

—¿Yo? Pero si has sido tú el que ha entrado en mi casa sin avisar, podrías haber sido un ladrón o un asesino, ¡yo que sé!

—Pues en el caso de que lo hubiera sido tampoco creo que hubieras podido detenerme con una raqueta de bádminton, que lo máximo que podría haberme provocado es un chichón. Además, los ladrones no llaman al timbre.

—¿Has llamado al timbre? ¿Cuándo? —preguntó confusa.

—Nada más llegar y para que conste también te he enviado un mensaje diciéndote que ya estaba en camino —dijo Sean con un cierto toque de sabelotodo en la voz.

—Lo siento, me he dormido —se excusó—. ¿Qué hora es? Y lo más importante, ¿por dónde has entrado?

—Son las cinco. He llamado al timbre y al ver que no me abrías he escalado el muro de la entrada y he entrado por la puerta de atrás, o sea, la del jardín, la que da a la cocina —dijo con total naturalidad—. Puerta que, por cierto, convendría cerrar cuando estás sola, no sea cosa que la próxima vez tengas que utilizar la raqueta —añadió mientras se reía y se la devolvía a Laura.

—Eres idiota —dijo ella poniendo los ojos en blanco, pero sin duda mucho más relajada que al principio.

Su historia se remontaba al primer día de parvulario cuando, sin ningún criterio aparentemente visible, sentaron a todos aquellos nuevos alumnos por grupos de cinco. En aquel momento, estando el uno enfrente del otro por primera vez algo más grande que ellos

mismos sabía que la conexión iba a ser inevitable. Ahora, lo que parecía toda una vida después, esa conexión seguía latente.

—¿Qué quieres hacer esta tarde? —preguntó lanzándose boca abajo encima de la deshecha cama.

—Lo que tú quieras —contestó ella poniéndose encima de él con la intención de aplastarle.

—Podríamos ir al cine —dijo con la cara hundida en el colchón.

—De acuerdo, voy a cambiarme.

Se embutió en sus vaqueros raídos y se puso una de las tantas sudaderas que le había robado a su amigo allí presente. Ese hecho que solo significaba que le gustaban (quizás de forma obsesiva) las prendas de abrigo de hombre, hacía que su madre le preguntara constantemente si estaba enamorada de Sean; a lo que ella siempre respondía con una mirada cansina y una negativa. ¿Es que acaso un chico y una chica no podían ser solo amigos? Vamos, ellos habían sido la prueba de ello durante diecisiete años. Por otro lado, hay que admitir que ya no eran ningunos críos. Con su último estirón Sean se había plantado en un metro ochenta de altura; sus músculos, aunque ella no quisiera admitirlo, se habían tonificado considerablemente; y su piel morena y su cabello no eran nada en comparación con sus ojos, que podían pasar por pequeñas y brillantes esmeraldas.

—Sean, levántate de la cama, a ver si todavía vas a dormirte —dijo ella al entrar ya vestida.

—Creo que si llegas a entrar un minuto más tarde lo hubiera hecho.

—Pero por suerte no lo he hecho así que vámonos a ver la película más mala que haya en cartelera.

—Estaaa bieeen —aceptó de mala gana—. Pero a la próxima no me dejes proponer otro plan que no sea dormir ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó Laura riéndose del vago de su amigo.

Ya de camino al cine más cercano el horizonte empezó a oscurecerse de nuevo, solo que esta vez el único culpable de ello era el invierno y su fatídico horario reducido de luz solar. En contraposición, entraron en un centro comercial artificialmente iluminado que parecía que se hubiera tragado el sol y subieron a la última planta, donde se encontraban las salas de cine.

Caminaban el uno al lado del otro sin prestar mucha atención a su alrededor, enzarzados, como siempre, en una acalorada discusión sobre un tema de actualidad cuando una morena despampanante tocó el hombro de Sean.

—¡Jessica! —la saludó alegremente—. ¿Cómo estás?

—Muy bien la verdad, aunque un poco desilusionada porque aún no había tenido noticias tuyas —dijo con un tono triste claramente ensayado—, y ahora veo porque —añadió mirando a Laura.

—Oh, no —se apresuró a decir Sean al captar la indirecta mal disimulada de la muchacha—. Es solo una amiga.

—Genial. Entonces volverás a llamarme —aseguró la chica sin ningún atisbo de inseguridad en el cuerpo.

—Claro.

—Nos vemos Sean —se despidió picaramente tocándole el brazo.

—Nos vemos.

Con la frase “es solo una amiga” rebotando en su cabeza miró a Sean con cara de enfado. ¿Acaso diecisiete años de amistad no la habían convertido en algo más que una amiga?

—Oye, ¿quién era esa tal Jessica? —preguntó ya casi a la entrada de la sala de cine.

—Nadie, una chica con la que estuve el fin de semana pasado —comentó distraídamente intentando quitarle importancia.

—Pero el fin de semana pasado me dijiste que tenías que estudiar —continuó presionando Laura en busca de más información.

—Y estudié, pero me dio tiempo a quedar con una bella chica que me alegrara la noche.

—¿Y sueles tener esos alegres encuentros, de los que no me has contado nada, muy a menudo? —inquirió cruzándose de brazos.

—Podría decirse que sí —soltó tranquilamente—. Anda, no te pongas celosa, que sabes que siempre serás la doncella más bella de mi reino —se apresuró a decir cursivamente al ver la cara de pocos amigos de Laura.

La tortuosa velada siguió transcurriendo con una aparente normalidad, que estaba claro que era de todo menos eso. En la oscuridad de la inmensa sala no se podía llegar a apreciar el estado de confusión en el que Laura se encontraba. La conversación

mantenida momentos antes de entrar a ver la película no la dejaba concentrarse en el largometraje y el constante roce de manos que se producía cada vez que uno u otro iba a coger palomitas no la estaba ayudando mucho. Pensar que su amigo quedaba con bastante frecuencia, al parecer, con chicas que iban y venían de su apartamento no le hacía ninguna gracia, y una sensación parecida al ardor de estómago hacía acto de presencia cada vez que lo imaginaba con alguna chica remotamente parecida a Jessica.

Es cierto que ella había tenido novio años antes y que después de una desafortunada borrachera a la temprana edad de los dieciséis perdió su virginidad con Adam (así llamaban al susodicho), en una vieja habitación situada en una casa de campo a las afueras de la ciudad. Su relación no duró mucho más de un año y tras probar varias veces más el mantener relaciones sexuales, se dio cuenta de que realmente no le quería. A partir de ahí no encontró a nadie más y Sean estuvo durante todo momento a su lado; luego pensar que ha pasado a saber cuánto tiempo acostándose con chicas sin que ella tuviera ni la mínima sospecha de ello la estaba matando por dentro.

—¿Cuántas? —susurró Laura al oído de su amigo.

—¿Cuántas qué? —dijo éste extrañado, comiendo palomitas y sin perder de vista la pantalla.

—¿Qué con cuántas chicas te has acostado?

Sean se giró con recelo como intentando averiguar el efecto que iba a tener su respuesta sobre su amiga.

—Diez.

—¿Diez? —exclamó Laura alucinada, provocando que un montón de personas que intentaban ver la película se pusieran a chistar—.

No me lo puedo creer —murmuró arrellanada en la butaca roja en la que estaba sentada—. ¿Pensabas decírmelo algún día?

—Supongo.

—Estoy flipando.

—Tampoco es para tanto, las mujeres sois unas exageradas con esos temas.

«Chiiiiist» escucharon de nuevo.

—Si piensas que, no solo perder la virginidad, sino acostarse con nueve mujeres más y no contárselo a tu mejor amiga no es para tanto, entonces sí, somos unas exageradas.

—Escucha —dijo él agarrando el rostro de Laura con ambas manos—, son solo chicas, van y vienen, pero tú siempre estás ahí. Así que no te pongas celosa, no hagas un drama de esto y acabemos de ver la película.

—Ustedes dos —dijo una voz que les enfocaba con una linterna—, si no guardan silencio tendré que echarles de la sala.

—Lo siento —contestaron a la vez y el hombre se marchó por donde hubo llegado.

El camino del cine al coche y del coche a casa de Sean hubo un silencio sepulcral que ninguno de los dos se atrevió a romper. La oscura tarde a esas horas ya era noche y lo que al principio se presentaba como una velada fantástica, ahora se había convertido en lo que parecía la primera discusión seria entre los presentes. Y con éste Laura ya llevaba, nada más y nada menos que dos malditos viajes en coche, incómodos hasta decir basta, en menos de doce horas; sin duda ese no era su día y los astros allí presentes, que lo estaban presenciando todo desde el lóbrego cielo, también lo sabían.

—¿Piensas hablarme algún día o vas a seguir dándole vueltas al asunto? —quiso saber el copiloto antes de bajarse del coche.

—Me lo pensaré.

—Bueno, eso me sirve. Buenas noches Laura, mañana hablamos —y dicho esto Sean le plantó un beso en la mejilla y se bajó del Ford KA de Laura.

Aquella tarde algo cambió dentro de Laura y en lo referente a su amistad con Sean. La causa fue, sin duda alguna, los celos que había sentido con más fuerza que en toda su vida. Y en aquel momento, sentada dentro de su estimado vehículo y tocándose la mejilla donde Sean la había besado, la verdad le cayó como un cubo de agua fría. Estaba enamorada de él y la teoría que su madre siempre cuestionaba y que ella siempre defendía, de que un chico y una chica podían ser amigos, acababa de irse al traste con una rapidez asombrosa.

## 2 CONSECUENCIAS

Era domingo por la mañana cuando María se despertó con la estridente música de su celular resonando por la habitación. El corazón se le subió a la garganta del susto y aún medio adormilada contestó al teléfono con la intención de que ninguna de sus compañeras de cuarto se despertara.

—¿Diga? —pronunció susurrando una vez se hubo incorporado.

—Estoy esperando con ansias el momento en el que volvamos a vernos —contestó la grave voz al otro lado de la línea.

—¡Déjame en paz!

Con ese chillido de furia y de profundo terror María lanzó el teléfono contra la pared, y abrazada a sus rodillas maldijo para sus adentros una y otra vez el no haber mirado el número en la pantalla. Las cuatro niñas que había en la habitación con ella se despertaron con el estruendo del móvil destrozándose contra la pared y asustadas se arremolinaban a su alrededor para intentar calmar sus sollozos, sin éxito.

\*\*\*

A media hora de camino de María y del Peinbourg, Laura se despertaba de manera similar a la de la muchacha. En su casa, situada a las afueras de la ciudad, el único ruido que se oía eran los gritos de su madre, que se repetían cada cinco minutos, cual alarma programada, para que su hija se levantara de la cama; pero, ella no estaba por la labor. Al girarse tapándose las orejas con la almohada abrió los ojos, y se encontró de frente con la foto del escritorio de Sean y ella en su último año, el corazón le palpitó con fuerza. Con el último grito de aviso proveniente de la cocina se levantó de la cama enfurruñada. Conociéndola estaría de mal humor todo el día si seguía pensando en la noche anterior y la incertidumbre de si lo que estaba sintiendo era real o no, no iba a contribuir en la mejora de su estado anímico; de modo que pensó en dedicar su único día libre en aquello que más le gustaba, escribir.

Con dieciocho años decidió que lo suyo no era estudiar, los horarios, la presión y la incompetencia de muchos de los docentes que había conocido a lo largo de su etapa estudiantil le hicieron cambiar el rumbo de su vida. Años después su día a día consistía en: trabajar de lunes a viernes como dependienta en una librería de la ciudad, el voluntariado por las tardes y los fines de semana intentaba aprovechar para dedicarle tiempo a sus novelas, las cuales nunca estaban listas para salir a la luz.

—Por fin —comentó su madre acabando de preparar el café de la mañana.

—Aún estaría en la cama si hubieses parado de chillar —contestó Laura y le dio un beso a su madre.

—Pero es que me gusta chillar.

—Lo sé —puso los ojos en blanco.

—¿Tienes hoy algún plan? —preguntó sirviéndole una taza de café a su hija.

—Escribir.

—¿Hoy no quedas con Sean?

«Tenías que preguntar por él...», pensó.

—No, prefiero quedarme en casa escribiendo —dijo calentándose las manos con el café recién hecho.

—¿Por qué, os habéis peleado? —insistió su madre a la vez que se colocaba sus rizos rubios en una cola alta.

—No mamá —mintió—, solo quiero adelantar. Por cierto, ¿dónde está papá? —continuó, claramente cambiando de tema.

—Tenía trabajo pendiente.

—Bueno, pues yo también —Laura se levantó de la silla—. Me voy a la habitación.

—Vale cariño —contestó su madre sonriente—. Ah, por cierto, he quedado con tu tía para comer, así que puedes cocinarte lo que te apetezca.

—Genial, te quiero.

—Y yo a ti.

El café que se había tomado había conseguido regenerar una parte de ella y una vez ante el escritorio de madera, con el portátil enfrente y la cálida luz de la mañana entrando por la ventana de su

habitación, Laura se sintió con las fuerzas necesarias como para empezar a crear. Sin embargo, querer no es poder y las agujas del reloj seguían avanzando. Pasaron horas, literalmente, mientras intentaba extraer cada célula de creatividad que pudiera tener en el cuerpo, aunque sin mucho éxito. Cuando se quiso dar cuenta eran las dos del mediodía, Sean le había acribillado el móvil a mensajes que no quería responder y su madre hacía mucho se había marchado dejándola con sus pensamientos. Agobiada y sin ganas de seguir intentándolo dejó que la desesperación la venciera y apagó el ordenador.

Todavía sentada en el escritorio pensó en la posibilidad de contestar los mensajes de su amigo; pero, la parte malvada que intentaba esconder al resto del mundo salió a la luz y prefirió dejarle sufriendo, al igual que ella sufría cada vez que pensaba en sus líos de una noche. El móvil, cargado de mensajes, la miraba esperando a ser atendido y aunque estuvo a punto de caer en la tentación, prefirió llamar a su hermana para no pensar en ello.

—Mara al habla —respondió su hermana alegremente.

—Parece que al menos una de las dos tiene un buen día —dijo Laura lánguidamente.

—Vaya, veo que alguien está de mal humor.

—No lo sabes tú bien.

—Cuéntame —la alentó para que hablara.

Laura empezó con su verborrea habitual como cada vez que le contaba un problema a su hermana. Ésta, rubia como su madre, era la mayor de las dos hermanas y se parecían tan poco que cualquiera afirmaría que no compartían ADN. A parte de en la altura no compartían ninguna otra semejanza y hasta ellas mismas dudarían de su parentesco sino fuera porque cada una era la viva imagen de uno de sus progenitores.

Le contó todo lo sucedido en el cine, los celos que había sentido al enterarse de las conquistas de su amigo y como aquel descubrimiento reciente de sus sentimientos la estaba volviendo loca.

—Estaba claro que en algún momento iba a pasar —aseguró Mara.